

I

Eran las condiciones –me dije con los años–
las que hubieran podido,
pese a tu voz,
abrir de tanto sueño
una ventana que abocara al mar.

Tu piel no fue el timón sino tu boca
una canción de cuna por los años perdidos
y el latido de un tiempo que no me pertenece
bajo un tropel de enigmas morenos
despeinados.

No sé cómo he llegado hasta tu lengua.

Para que yo la hiciera mi cómplice
en tus brazos
la ciudad me guiñaba sus ojos amarillos.

Apostada en tu cuerpo como en ninguna plaza
donde la espuma llega sin más olas,
sin más tiempo que el justo
para saber tu nombre con certeza.
Me regresó la noche
con una ambigüedad sin dirección,
sin esa infantilísima costumbre de color.
Sin ninguna esperanza distinta o asombrada.

Sus ojos eran miles de gestos amarillos.

Nunca supe decirlo con toda exactitud:
las islas –como barcos–

siempre fueron pequeñas promesas esperadas.

Extendida la arena más allá de las costas
yo sostuve en tu cuerpo una formulación de mi pasado.

Nunca supe decirlo:
parecieron fantasmas las luces de la calle
tan cerca de mi forma de estar sola.